

Museo de Arqueología de Alta Montaña (MAAM), Salta

Fachada

El Museo de Arqueología de Alta Montaña (MAAM) ocupa un edificio de mediados del siglo XIX ubicado frente a la plaza principal de la ciudad de Salta. Esta antigua residencia privada -luego oficina pública- fue reciclada manteniendo algunas de sus estructuras históricas combinadas con una arquitectura contemporánea. Su puesta en valor fue necesaria para su nueva función de museo.

El MAAM nació de la voluntad del Gobierno de la Provincia de Salta por resguardar, estudiar y difundir el hallazgo de “Los niños del Llullaillaco”. Este importantísimo descubrimiento arqueológico realizado en la cima del volcán precisaba un especial cuidado. El proyecto museográfico está a la altura de la espléndida colección que se exhibe: iluminación controlada, vitrinas con condiciones climáticas estrictas y tecnológicamente monitoreadas, proyecciones en pantalla gigante y ambientaciones sensoriales con sonidos y melodías andinas.

Los colores claros, junto al acero y aluminio, remiten a la idea de frío, altura, geografías desoladas y luminosidad de las cumbres andinas. Los textos que acompañan la exhibición fueron elaborados por científicos de distintas disciplinas.

Podremos ver en este museo, inaugurado en noviembre del 2004, algunas de las diferentes áreas de trabajo: dos laboratorios, un área de investigación científica, un área de acción cultural y los depósitos. Más allá de las modernas tecnologías y los innovadores métodos museográficos, nos acercaremos a las ceremonias, las costumbres y las representaciones que generaban las alianzas políticas y culturales dentro del Tawantinsuyu. “Los niños del Llullaillaco” son parte de las ofrendas que se realizaban para garantizar el dominio incaico en los territorios que hoy forman parte de Argentina. Su cuidado y respeto son imperativos tan importantes como su análisis científico y su presentación pública.

Hall ingreso

Al ingresar al MAAM, en la planta baja y en el entresuelo encontramos la sala de exhibición de “La Reina del Cerro”, dos salas de exposiciones temporarias, una tienda y un bar. La escalera nos conduce al hall del segundo piso, en torno al cual se distribuyen la Sala Principal, los dos laboratorios y una oficina perteneciente al staff académico del museo.

Sala de arqueología de alta montaña

La arqueología es una disciplina que intenta reconstruir las formas de vida de las sociedades del pasado, cuyos restos materiales se pueden encontrar debajo de las actuales ciudades, en el fondo del mar, en la selva

y también en las montañas. Para poder llevar adelante el descubrimiento y estudio de los santuarios de altura, como el del volcán Llullaillaco, muchos investigadores combinan su profesión con la práctica del montañismo.

En las vitrinas de este primer sector del museo encontramos expuestos ropa y objetos pertenecientes a diversas expediciones que escalaron el volcán como, por ejemplo, la bitácora o cuaderno de viaje de un miembro del Club Andino Chile, la entidad deportiva que organizó el primer asalto a la cumbre e informó la existencia de ruinas arqueológicas. Desde entonces, se sucedieron los ascensos y se fueron descubriendo una serie de restos arqueológicos. Finalmente, en 1999 el antropólogo norteamericano Johan Reinhard, junto a montañistas y arqueólogos peruanos y argentinos, localizó los cuerpos y el ajuar de “Los niños del Llullaillaco” y los dio a conocer al mundo.

Sala Mundo Inca

Encontramos expuestas un par de ushutas o sandalias fabricadas en cuero y lana de camélido que integraban el ajuar de uno de los niños y presentan evidencias de haber sido utilizadas hace 500 años. Durante el ritual religioso, uno o más niños elegidos por su belleza, su perfección física o su pertenencia familiar eran enviados en un largo peregrinar por los Andes hacia Cuzco, la capital del Estado Inca ubicada a más de 1.500 kilómetros de distancia. Con el objeto de reforzar lazos entre distintas regiones se los unía en un matrimonio simbólico y junto a un grupo de adultos caminaban durante semanas o meses hacia el sitio sagrado elegido. El gradual ascenso a las altas cumbres era acompañado de cánticos de alabanza y una vez en el santuario los sacerdotes vestían a los niños con sus mejores ropas y les daban de beber chicha, una bebida alcohólica derivada del maíz. Tras dormirlos, los depositaban en un pozo, donde casi inmediatamente fallecían como consecuencia de las bajas temperaturas. Los incas creían que los niños no morían, sino que se reunían con sus antepasados para proteger a la comunidad.

Sala Ajuar Femenino

La celebración de la que hablamos recibía el nombre de capacocha y era uno de los rituales más importantes del calendario inca. Se ofrecía a los dioses lo mejor que se tenía, la vida de los niños, con la idea de ser retribuidos de igual forma. Como se suponía que emprendían un viaje, llevaban comida, bebida, sandalias y mantas. Pero además, se los enterraba con los numerosos presentes que habían recibido en el momento de su matrimonio: una colección de miniaturas fabricadas con materiales provenientes de las distintas regiones que formaban el Tawantinsuyu: conchas marinas del Ecuador (spondylus), metales preciosos de la cordillera, lanas finas del altiplano, plumas de las selvas orientales, maíz de los lugares templados.

Esta sección del museo exhibe las ofrendas recibidas por los niños. Si observamos las actividades representadas, vemos que establecen una clara diferencia entre los roles otorgados a lo femenino y lo masculino en la cultura andina. Por ejemplo, entre el ajuar de la “Niña del Rayo” (nombre con el que los científicos denominan a una de las dos momias femeninas) se encontraron objetos de cerámica como platos y vasos, asociados a la preparación de alimentos. O una chuspa o bolsita de lana con plumas rojas incrustadas que contenía un ovillo de lana y agujas. Los textiles tenían una importancia simbólica enorme que iba más allá de su uso: eran parte fundamental de los acontecimientos políticos, sociales y religiosos y los usaban tanto

hombres como mujeres. Se los confeccionaba con lana de camélidos (llama, alpaca y vicuña), que una vez teñida permitía elaborados diseños geométricos. Uno de los complementos de la vestimenta fueron los tocados de plumas, de gran valor porque indicaban status social en las grandes ceremonias. Vemos una estatuilla de plata con un tocado de plumas amarillo y verde. En la siguiente vitrina encontramos otro bellissimo tocado completamente blanco, parte del ajuar de “la Doncella”. Las ofrendas que acompañan al “Niño” representan las principales actividades masculinas: estatuillas de camélidos, vinculados al transporte y a las actividades económicas que aseguraban el alimento y la materia prima para confeccionar los textiles; hondas, una de las armas más antiguas que se conocen; bolsitas conteniendo hojas de coca para combatir el mal de las alturas. En los tres casos se encontraron numerosas estatuillas con forma humana de oro y plata con formas masculinas y femeninas.

Sala Ajuar

En esta vitrina se exhibe el fabuloso unku, parte del ajuar de “la Doncella”, uno de los tejidos más finos de toda la colección y cuyo diseño en damero con la característica “llave inca” inspiró el isologo del museo. Los unkus eran túnicas o camisas realizadas con un tejido de tapiz llamado cumbi. Fue la prenda más característica y prestigiosa del Incanato, utilizada por los principales jefes. Es posible que la estandarización alcanzada en técnicas, medidas y diseños obedezca a los tejedores especializados, obligados de por vida a confeccionar las prendas. En el caso del unku que vemos, la “llave inca” posiblemente represente la alianza entre ayllus o comunidades del Collasuyu (región que incluía el actual territorio argentino) y el Chinchasuyu (hoy norte del Perú y Ecuador). El símbolo está compuesto por cuatro cuadrados, dos de los cuales están encerrados por una línea que indicaría la alianza de las dos regiones del Tawantinsuyu.

Sala Los Niños del Llullaillaco

Este es el espacio más impactante del museo, donde se alojan los cuerpos de “los niños del Llullaillaco”. La “Niña del Rayo” es una pequeña de seis años de edad, hallada en posición sentada, con las piernas flexionadas y la cabeza erguida mirando hacia el suroeste. Su nombre se debe a las quemaduras presentes en su cuerpo y vestimenta, provenientes de una descarga eléctrica que cayó sobre la cima del volcán. “La Doncella”, de alrededor de quince años, posiblemente haya ocupado una posición privilegiada en tiempo de los incas. Llevaba originalmente el unku exhibido en la sala anterior doblado sobre sus hombros. Finalmente, “El Niño”, de siete años de edad, tenía el cabello corto y un adorno de plumas blancas sostenido por una cuerda de lana enrollada alrededor de su cabeza, como todos los varones de la elite incaica.

A diferencia de las momias egipcias, que fueron embalsamadas en forma artificial, en este caso la naturaleza fue la responsable del proceso debido al congelamiento, baja presión atmosférica, baja humedad, bajas temperaturas y estabilidad térmica en un medio aséptico. La tecnología y la tenue iluminación con las que cuenta la sala aseguran una apropiada conservación de los cuerpos. Sólo se exhibe uno de ellos por vez y se los rota cada seis meses. Es fundamental que no sean expuestos a una luz continua; por ello, la cápsula transparente que los contiene cuenta con un dispositivo electrónico que, al accionarlo, ilumina tenuemente y ofrece al visitante la opción de contemplar a los niños o continuar su recorrido sin hacerlo.

Laboratorio

Por la Sala de las Momias accedemos nuevamente al hall distribuidor, desde donde podemos contemplar, a través de un gran ventanal, lo que ocurre dentro del Laboratorio de Contención.

Aquí se conservan los cuerpos de “los niños del Llullaillaco” dentro de cápsulas especialmente construidas que mantienen la temperatura estable en -20°C . También reducen el contenido de oxígeno y filtran la iluminación para garantizar así la correcta presentación y preservación de los cuerpos. La rotación de las momias se efectúa en este sitio y siempre es monitoreada y filmada.

Sala entrepiso / “La Reina del Cerro”

En esta sala se exhibe la momia de una niña que también fue sepultada en un santuario de altura y fue hallada en la década de 1920. La tumba fue violentada y su cuerpo trasladado a Buenos Aires. Durante ocho décadas los numerosos objetos del ajuar sufrieron las consecuencias del tráfico ilegal de bienes culturales y el conjunto se encuentra hoy muy alterado. Este hecho sirve como lamentable ejemplo del daño que ocasiona la falta de conocimiento y el descuido del patrimonio cultural. Luego de 80 años de vagar por distintas colecciones privadas, la momia del Cerro Chuscha y su pequeño ajuar, del que destacamos una chuspa, vuelven a Salta gracias a la donación del Dr. Matteo Goretti. Los ventanales del salón se ven el Puerto Madero y el Puente de la Mujer.